

CAPÍTULO II

DEL EXORDIO

I

Idea y fin del exordio.

El *exordio* es la parte del discurso que prepara á los oyentes para que acojan favorablemente lo que se les va á decir. Su objeto es, como dicen Cicerón y Quintiliano, *reddere auditores, atentos, benevolos et dociles* (1).

El orador se granjea la benevolencia por medio de la expresión de las costumbres oratorias y cautiva la atención dando una buena idea de su cultura, manifestando la importancia del asunto, haciendo presentir su interés, dándole toda la posible novedad, y á veces conmoviendo los ánimos de los oyentes con algunos afectos, con algunos golpes inesperados que los separen de sus propios pensamientos y los dejen suspensos de las palabras que escuchan. En el exordio, más que en ninguna otra parte quizá, importa guardar para el auditorio todas las consideraciones que se merece. Si el orador produce en los primeros momentos el desagrado, si no se capta las simpatías de los oyentes, es perdido, y de aquí la oportunidad de este precepto de Cicerón: *vestibula additusque ad causam jacet illustres*.

(1) Esta última condición la ponían porque en el exordio incluían la proposición y la división.

El exordio es casi tan natural al discurso, como la cabeza al cuerpo, la raíz al árbol y la fuente al río, según el dicho de San Juan Crisóstomo: *sicut corpus capite, arbor radice et flumen fonte indiget*, y sólo cuando se cuenta con la benevolencia y atención de los oyentes se podrá prescindir de él, pero nunca es inútil, si está bien dispuesto y preparado.

II

Condiciones del exordio.

Las reglas para la buena composición del exordio son de tanta importancia como la tiene para el orador hacer que su auditorio le reciba no sólo sin prevención sino hasta con cariño. Y no se crea que sea esto tan fácil como á primera vista parece, pues no estando aún los oyentes inflamados por ningún afecto, están más dispuestos á sentir los defectos que á percibir las bellezas. Pero si el orador observa las condiciones que á continuación ponemos, conseguirá el fin que en el exordio debe proponerse.

El exordio ha de ser *natural, correcto y esmerado, modesto, proporcionado al discurso y acomodado á las circunstancias*.

Natural, esto es, que fluya sin afectación, sin esfuerzo y como por grados. Si el orador descubre desde el primer momento un gran artificio, desde luego demuestra que aspira á conquistar aplausos más que á lograr conversiones, cuya sospecha le hará perder toda consideración y respeto á que debe aspirar. En la tranquila situación en que todavía se halla el oyente, necesita un lenguaje pacífico, una exposición breve, sencilla y mo-

desta del asunto; y si se admiten impulsos oratorios, que sean éstos dulces y apacibles. El día más hermoso no principia por un sol brillante, sino por una claridad tibia que participa en gran parte de la obscuridad de la noche (1). Pero al mismo tiempo, aunque no es en la introducción donde se manifiestan regularmente las ardientes conmociones, en ella, sin embargo, se prepara el camino para las que se quiera excitar en las demás partes del discurso, al modo mismo que los músicos suelen desde el principio indicar el tono que ha de predominar en toda composición.

Correcto y esmerado.—El exordio, aunque natural y tranquilo, debe ser *importante* en el fondo y *correcto* en la forma; de otro modo empezaría el orador causando una mala impresión, que en lo sucesivo difícilmente se borraría. Como el exordio es en cierto modo una muestra de la obra que se propone presentar el orador, no debe haber en él nada que indique descuido y desaliño y que no prevenga al auditorio de un modo favorable al que habla. Sin embargo, debe cuidarse de ocultar el arte, porque, además de que en todas ocasiones desagradada la falta de naturalidad, se oiría con prevención y recelo la palabra del orador: *ut videatur*, dice Quintiliano, *accurate non calide dicere*.

Modesto.—La modestia exige que no se exorne mucho. Su estilo debe ser contenido y moderado, lo que es diverso de la modestia, aunque pudiera llamársele modestia del estilo. Exige además que el orador no se prometa demasiado desde el principio, ó, lo que es lo mismo, *non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem*, á fin de que más que satisfecha, no quede burlada la esperanza del auditorio. La modestia, en fin, revela el talento y la virtud, imprime al discurso un carácter de sencillez que

(1) Cic.: *De Orat.*, lib. II, 317.

abre camino á la persuasión, pone en relieve el respeto que se tiene al auditorio, y contento éste con ser respetado, se dispone á escuchar de una manera favorable.

Proporcionado al discurso.—De la misma manera que la cabeza de una estatua debe guardar proporción con el cuerpo, así el exordio debe guardarla con el discurso. Esta proporción, por lo que hace á la brevedad *formal*, consiste en que nada se le pueda añadir ni quitar: en cuanto á la extensión *material*, no deberá exceder, según los preceptistas, de una octava parte del discurso. Pero no basta que sea proporcionado por lo que respecta á la extensión material y formal, sino que debe tener una relación muy íntima con el asunto; debe nacer, como dicen los retóricos, *ex visceribus rei*, para que sea propio. Toda idea que no conduce directamente al asunto, sobre inoportuna, es perjudicial, porque en vez de fijar bien la atención del auditorio la extravía, por lo que en semejante digresión hay, no sólo un abuso, sino un peligro. A fin de evitar estos inconvenientes aconseja Cicerón (1) que no se haga el exordio sino después de todo el resto del discurso, porque entonces, conociendo á fondo el asunto, es más fácil hacer salir de él el exordio, como una flor de su tallo, y no poner nada que no tenga con él una íntima relación.

Acomodado á las circunstancias.—Ya se dijo á su debido tiempo que en la oratoria todo ha de entrar en cuenta; que además del asunto mismo, debe atenderse mucho á las personas y circunstancias. Todo se ha de tener presente, cuidando de armonizar el exordio con los sentimientos del auditorio, en términos que todos queden satisfechos y dispuestos á oír con gusto la materia que se les anuncia (2).

(1) *De Orat.*, lib. II, 315.

(2) Las condiciones que acabamos de exponer se encuentran en el sermón de Ceniza del P. Señeri, Edición de Barcelona, 1869.

Los exordios tomados de circunstancias imprevistas producen grande efecto, y por lo mismo que deben improvisarse, hacen que se forme un elevado concepto del ingenio del orador. Como ejemplo del exordio tomado de una circunstancia local, puede verse el que pronunció San Pablo ante el Areópago (1).

Deben evitarse los exordios que no formen un todo completo con las demás partes del discurso; los *vulgares*, que pueden aplicarse á muchos asuntos; los *conmutables*, esto es, los que pueden volverse con ventaja contra el mismo orador que los emplea; los *inútiles* ú *ociosos*, es decir, los que son un vano preludeo, durante el cual los oyentes se distraen ó se aburren; los *demasiado largos*, que fatigan al auditorio; y, por último, los *inoportunos* ó *contrarios* al interés de la causa ó á la intención del orador (2).

III

Especies de exordios.

Hasta aquí hemos hablado de lo que constituye la naturaleza y cualidades del exordio; ahora indicaremos sus diferentes especies. Estas son tantas como son las circunstancias en que un orador puede tomar la palabra. Las reduciremos, sin embargo, á dos, á saber: exordio *legítimo* y *ex abrupto*.

El *exordio legítimo* es el que tiene la entrada tranquila y emplea la suavidad para hacer benévolos á los oyentes. Como ejemplo de exordio legítimo, puede verse el de Cicerón *De lege agraria*.

Esta especie de exordio se subdivide en *sencillo*, de *insinuación* y *pomposo* ó *solemne*.

(1) Acta Apost., 18, 22.

(2) Cic.: *De Invent.*, I, 18.

El *exordio sencillo* (1), el más común de todos, expone el asunto con brevedad, con claridad y sin artificio: *sedato quodam dicendi genere*; se emplea cuando no se tiene que tratar un asunto importante, cuando se sabe que no existen prevenciones que combatir, y cuando el auditorio está bien dispuesto á oír lo que se le va á decir. Esta sencillez, sin embargo, debe ser ingeniosa y brillar por su natural candor; debe respirar, en fin, esa difícil facilidad que tan común se muestra en los hombres de genio, y que es el tormento y el escollo donde se estrella la mayor parte de los oradores.

El exordio de *insinuación* es el exordio por excelencia. El orador se encuentra frente á frente de un auditorio mal dispuesto ó lleno de prevenciones, ora contra su persona, ora contra las conclusiones que quiere sacar de su discurso, y es menester que le atraiga, que le haga adoptar sus ideas, y á veces que destruya la influencia y la autoridad de un adversario poderoso y estimado; para esto necesita de todos los medios que pueden hacerle simpático á su auditorio y granjearle su benevolencia.

En el exordio de *insinuación* por caminos escondidos, el orador llega más tarde, pero con más seguridad al término del viaje; procura atraer al auditorio marchando al asunto, no de un salto, sino insensiblemente, levantando el velo que le cubre poco á poco y con arte, para que los oyentes vayan familiarizándose con él, hasta que acaben por mirarle con interés.

El exordio *pomposo* ó *solemne*, despliega desde el principio del discurso todo lo más magnífico y elevado que tiene la elocuencia; conviene en las ocasiones solemnes, en que un auditorio numeroso se halla reunido, para oír tratar de un asunto extraordinario, como las gran-

(1) Está sujeto á las reglas generales del exordio; los demás son excepciones.

des festividades de la Iglesia, las oraciones fúnebres y los elogios de los grandes hombres. Sería, en verdad, un gran defecto comenzar á tratar de un asunto grande de una manera pequeña, defraudando las esperanzas anticipadas de los oyentes. Mas advierta el orador sagrado que será de mal efecto empezar el discurso con mucha pompa y acabar pobremente. Por esta razón dice Blair que una de las mayores pruebas del arte y habilidad del orador es tomar desde el principio el tono que ha de sostener en todo el discurso.

En el exordio *vehemente* ó *ex abrupto* (1), el orador entra inmediatamente en materia, tomando desde luego un tono y un lenguaje acomodado á las inclinaciones del auditorio, indicando con estos arranques que su pasión no puede contenerse, lo cual produce naturalmente un grande efecto, cuando las circunstancias justifican esta pasión y esta vehemencia. Como ejemplo de exordio *ex abrupto*, véase el de Cicerón en la *Catilinaria*.

El exordio *ex abrupto* puede hacerse ó por cierta libertad que el orador se toma en el modo de hablar, ó dejándose llevar de la impetuosidad de alguna pasión, y se emplea principalmente con motivo de alguna grande alegría ó alguna grave desgracia.

IV

División del exordio.

Las partes del exordio son ordinariamente: el *texto*, *introducción*, *indicación* é *invocación*.

El *texto*.—En los primeros siglos de la Iglesia se in-

(1) Palabras latinas que significan: sin preámbulo, de improviso, bruscamente.

trodujo el uso de colocar á la cabeza de las instrucciones orales un *texto* de la Sagrada Escritura. Los judíos apoyaban sus enseñanzas en los profetas, y hasta Jesucristo mismo sancionó esta costumbre, que los Apóstoles y los Padres siguieron por su parte como conveniente para fijar la atención del auditorio (1). Es muy conforme al carácter de la elocuencia sagrada el que un discurso relativo á la religión comience por palabras de la religión misma.

Algunos oradores suelen servirse para textos de palabras tomadas de los SS. Padres, y de aquellas que la Iglesia emplea en su Sagrada Liturgia; pero aunque esto se admite, siendo tan fecunda la Sagrada Escritura, creemos que no hay necesidad de recurrir á otra parte para hallar textos oportunos. Esto, sin embargo, parece á algunos cosa difícil, porque quieren contraer el texto al asunto, y no hacer que nazca el asunto del texto.

Las reglas que acerca del texto deben observarse, según los maestros de la oratoria sagrada, son: 1.^a, debe ser el discurso en compendio, de suerte que después de haberlo oído, puede ya preverse cuál será la materia del discurso; 2.^a, el texto no debe ser ni demasiado largo, ni demasiado corto. En el primer caso no se retendría fácilmente en la memoria; en el segundo sería extraño. 3.^a, es preciso hacer del texto una traducción fiel y sencilla, sin paráfrasis, amplificaciones ni redundancias.

Introducción.—Llámanse *introducción* las breves consideraciones con que suele el orador preparar su entrada en el discurso como acercándose á la *proposición*. Han de enlazarse con el discurso sin divagaciones, y es muy natural que se desprendan del texto. Bourdaloue fué fiel observador de esta regla.

(1) Con posterioridad se abusó del texto, hasta el punto de tomarlos á la ventura, sin cuidarse siquiera de que en ellos se contenga por lo menos la idea general y dominante del discurso.

Indicación.—Después de estas breves consideraciones, corresponde indicar el asunto. No es bueno que el orador divague, porque el auditorio se desorienta sin poder adivinar el fin que aquél se propone.

Indicada la proposición, se hará una breve invitación al auditorio. En ella prometerá el orador ser claro y breve, en cuanto lo permita el asunto, etc., si el Señor le ayuda con su gracia.

Invocación.—Es preciso implorar las luces del Espíritu Santo al empezar toda buena obra, y nunca es tan necesario el divino auxilio como cuando hemos de hablar en nombre de Dios. Esta gracia se pide por la intercesión de la Santísima Virgen. Es una costumbre digna del mayor elogio, no sólo comenzar los discursos con la señal de la cruz, sino invocando la protección de la Madre de Dios, interponiendo su valimiento y sus méritos para obtener las gracias necesarias al predicador y á los oyentes.

Entre todas las saluciones á la Reina de los Angeles, ninguna es tan tierna y expresiva como el *Ave Maria*.

V

Fuentes del exordio.

Varias son las fuentes de donde puede sacarse el exordio legítimo. Las principales son:

1.^a Los *adjuntos* de persona, lugar y tiempo. El exordio de adjuntos era muy familiar á Cicerón, como puede verse en los discursos *Pro M. Coelio*, *Pro Milone* y *Pro Rege Dejotaro*.

2.^a *La exposición del asunto hecha con la mayor naturalidad.* Como ejemplo de exordio narrativo, puede verse al mismo Cicerón en su discurso *Pro Ligario*.

3.^a Puede hacerse el exordio *principiando con la exposición de razones que á primera vista favorecen al adversario*, para luego ir trayéndolo insensiblemente á la causa que defendemos. Esta clase de exordios exige una exquisita habilidad.

4.^a *Tomándolo de alguna sentencia ó ejemplo notable.* Así, Solís presenta á Xicotencal dirigiéndose al Senado de Tlascala.

5.^a *Planteando un punto dudoso que llame la atención.* De este modo principia Cicerón su libro *De Inventione Rethorica*: «Muchísimas veces me ha ocupado el pensamiento si el arte de hablar y el delicado estudio de la elocuencia habrá traído más males que provecho á la humanidad.»

6.^a *Interesando vivamente la curiosidad del auditorio y teniéndole como suspendido de la palabra del orador*, de quien desea saber en qué pararán sus promesas. Así, Cicerón en su primera contra *Verres*.

Finalmente, el exordio puede tomarse de las mismas entrañas del asunto, *ex visceribus rei*, como dicen, esparciendo como la semilla de todas las pruebas y de todos los afectos, que después en la confirmación se han de ampliar y excitar.

No será difícil formar el exordio si, como dice Quintiliano, tiene el orador presente ante qué auditorio habla, la causa que defiende, los adversarios ó preocupaciones que combate, el lugar y tiempo en que habla; qué es lo que probablemente siente el auditorio, qué se propone conseguir, y cuál sea el objeto del discurso. Teniendo estas cosas presentes, la misma naturaleza sugiere de dónde se ha de tomar el exordio.

Basta lo dicho hasta aquí acerca de la primera parte del discurso, en la cual no nos hubiéramos detenido tanto, si no hubiéramos observado que los más afamados oradores pusieron en ella el mayor cuidado y esmero.

Cuadro sinóptico del exordio.

Disposición oratoria.	Fin. . Hacer al oyente. . .	}	Benévolo	Por medio de la expresión de las costumbres oratorias.
			Atento. . .	Por la importancia del asunto, y á veces conmoviendo los ánimos.
	Condiciones.	}	Natural, correcto, modesto, proporcionado al discurso y acomodado á las circunstancias.	
			Vicios.	}
	Especies.	}		
			Ex abrupto.	
División. ,	}	Texto, introducción, indicación é invocación.		

CAPÍTULO III

DE LA PROPOSICIÓN, DIVISIÓN Y NARRACIÓN

I

Idea de la proposición.

La *proposición* es la exposición del asunto que se va á tratar: Cicerón compara el exordio á las avenidas de un palacio ó al vestíbulo de un templo; continuando esta semejanza, podemos decir que la proposición es la puerta de entrada para el discurso. Las ideas dominantes en el exordio deben terminar en la proposición; ésta ha de nacer espontáneamente de aquél y formar su resumen claro y sencillo. Con este fin observa Quintiliano que alguna vez se omite la proposición, porque en el exordio ó en la narración va suficientemente declarado el objeto del discurso, y esta misma correspondencia ha de existir entre éste y la proposición, pues, como dice Fenelón, el discurso es la proposición explanada; la proposición es el compendio del discurso (1).

Así, pues, mal podrá formular una proposición que sea principio y punto culminante, de donde se irradie la luz por todo el discurso, el orador que no haya estudiado la materia bajo todos sus aspectos y no la haya examinado en todas sus relaciones. Pero así y todo, en

(1) Carta á la Academia Francesa.